

Jesús y el dinero

José Ignacio González Faus *

Los seres humanos, incluidos los cristianos, tendemos a mal interpretar todo lo que nos supera. Ni en su tiempo ni ahora nos hemos puesto de acuerdo los seguidores de Jesús en el significado de frase tan evangélica como: «No se puede servir a Dios y al Dinero» (Mt 6.24 y Lc 16,13). Tras estas palabras se esconde el mundo de la avaricia y el de la inseguridad, el mundo de los ricos y el de los pobres. Interpretarla superficialmente nos puede conducir a seguir considerando la cuestión de los pobres más como una cuestión ética que como una cuestión cristológica y pneumatológica. Asunto en el que nos jugamos nuestro ser o no ser de cristianos.

Introducción

Voy a comenzar esta charla con una larga cita en portugués de un autor a quien admiro mucho. Espero se me entienda a pesar de mi mala pronunciación:

«Todos nós que vivemos neste globo formamos uma imensa caravana que marcha confusamente para o Nada. Cerca-nos uma Natureza inconsciente, impassível, mortal como nós, que não nos entende, nem sequer nos vê, e donde não podemos esperar nem socorro nem consolação. Só nos resta para nos dirigir, na rajada que nos leva, ese secular preceito, suma divina de toda a

* Jesuita y escritor. Trabaja en Cristianismo i Justicia.

experiência humana: “ajudai-vos uns aos outros”. Que, na tumultuosa caminhada, por tanto, onde passos sem conta se misturam, cada um ceda metade do suo pão àquele que tem fome, acuda com o braço àquele que vai tropeçar; poupe o corpo daquele que ja tombou; e se algum mais ben pródigo e seguor para o camino necesitar apenas simpatía de almas, que as almas se abram para ele transbordando dessa simpatía... Só assim conseguiremos dar alguma belesa e alguma dignidade a esta oscura desbandada para a Morte»¹.

Lo importante de este texto de Eça de Queiroz es que señala un punto en que todos los seres humanos podemos estar unidos, si queremos dar alguna dignidad a nuestro paso por este globo. Un punto que no parece en sí mismo religioso, aunque el mismo autor lo califica de «divino».

Ese punto es aquel camino que, siendo antiquísimo y secular, lo califica el Nuevo Testamento como mandamiento «nuevo» (el viejo «amaos unos a otros»). Ése es el único punto común de referencia que tenemos en medio de la inmensa pluralidad de nuestro mundo. Y suelo referirme a él calificando su propuesta como un

¹ *Correspondencia de Fadrique Mendes. Memórias e Notas, 1º, 4.*

«ecumenismo de lo humano». Ese ecumenismo de lo humano es el punto donde podemos (¡donde debemos!) encontrarnos todos: cristianos de todas las iglesias, religiones de toda la tierra, ateos y creyentes...

Y a partir de aquí podemos ir acercándonos a Jesús. Comenzaremos por dos textos de sus seguidores más inmediatos que transmiten algo de lo experimentado y aprendido en Él.

a) Precisamente el documento en que más se ensalza el amor entre los seres humanos identificándolo como el reverso del amor al Dios revelado por Jesús, concreta ese amor en la frase siguiente: «si alguno tiene bienes de la tierra y ve a su hermano pasar necesidad y cierra sus entrañas apartándose de él, no está con ése el amor de Dios» (1 Jn 3,17). El ecumenismo de lo humano pasa, por tanto, para un seguidor de Jesús, por la ayuda material, económica.

b) Y aún más radicalmente, otro texto neotestamentario sentencia: «la raíz de todos los males es la pasión por el dinero» (1 Tim 6,10): tanto que aparta de la fe y crea grandes sufrimientos².

² Es además muy importante el contexto de la frase que habla de contentarse con lo que basta, que nada hemos traído

Desde estas conclusiones sacadas y transmitidas por los discípulos inmediatos de Jesús es como debemos remontarnos hasta la fuente. Ahora estamos, pues, en disposición de acercarnos a Jesús.

Dios y el dinero

1. *Las enseñanzas de Jesús*

De todas las enseñanzas del Maestro, quizá la más radical (no en el sentido de extremista, sino de *raíz*), la ofrece una de las frases más primitivas del evangelio, que se nos ha conservado ya en la fuente Q: «No se puede servir a Dios y al Dinero» (Mt 6,24; Lc 16,13). Esta frase pide un análisis más minucioso.

a) Jesús sitúa esa enseñanza en un contexto de *incompatibilidad total*: nadie puede servir a dos señores. Hoy, por desgracia, la corrupción política nos da mil ejemplos de gentes que sirven a varios señores. Pero en el contexto de Jesús la palabra servir tiene un significado de totalidad: un esclavo no podía pertenecer a dos amos. Por eso, el evangelio de Tomás (n. 47)

al mundo ni nos llevaremos de él, que con tener cubiertas las necesidades básicas (alimento y abrigo) ya nos basta y que los que pretenden ser ricos se enredan en codicias que hunden a los hombres en el abismo (versos 6-9).

resalta esa incompatibilidad con el ejemplo de que nadie puede servir a dos caballos o tensar dos arcos a la vez. Entre Dios y el dinero hay, pues, una incompatibilidad absoluta: porque el dinero exige del ser humano una rendición y una entrega total, semejante a la que puede exigir el amo de su esclavo o Dios para una persona religiosa.

b) Además, los evangelios han conservado aquí la palabra aramea *mamôn* para designar al dinero. Ésta es una palabra que no aparece en el Antiguo Testamento y que, en el Nuevo, sólo aparece en labios de Jesús. Estos detalles, poco frecuentes en el texto evangélico, siempre suelen tener algún significado. Y eso sucede aquí también: la palabra *mamôn* tiene las mismas consonantes del verbo *hemin* (del que procede), que significa creer, aceptar confiadamente, y de donde deriva también nuestra clásica palabra *amén*, expresión de esa aceptación confiada.

El dinero genera, pues, un tipo *de fe de índole religiosa*: de ahí deriva su incompatibilidad con la fe en Dios. Por eso Jesús usa la palabra sin artículo, como si fuera no un nombre común, sino un nombre propio. Y por eso algunos manuscritos la escriben con mayúscula: no podéis servir a Dios y a Dinero.

c) Confirma esa totalidad el hecho de que Mateo introduce la frase con otra palabra de Jesús muy conocida: «donde está tu tesoro, allí está tu corazón», por lo que si tu corazón («la luz que hay en ti») está oscurecido, tu oscuridad será total (cf. 6,21-23). Siempre que comento esta frase me viene a la memoria las encantadoras palabras de Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia: «a los ricos, sus hechos los tienen ciegos»³. Por eso tantas veces discutir de economía con un rico muy rico es como discutir sobre los colores con un ciego: pues la luz que hay en los hombres se ha oscurecido para él.

d) De todo lo anterior se deduce que *mamôn* alude a la riqueza *particular*: al tesoro. Lo cual es importante: en la Biblia la abundancia es un don de Dios, pero eso se refiere a la abundancia *social*, comunitaria⁴. La apropiación privada es contraria a Dios porque es la que hace imposible esa abundancia comunitaria.

e) Lucas, por su parte, contextúa la frase de Jesús en una reflexión sobre la fe y la fidelidad: «quien no es fiel en lo pequeño, menos lo será en lo grande». Ahora bien, la riqueza para Jesús pertenece al ámbito de lo pequeño: es por sí misma

«injusta», porque es «ajena». Y si en esas pequeñeces no sabemos ser fieles, nadie nos confiará los verdaderos bienes (13, 10-12). Esta alusión a la fidelidad y a la salvación vuelve a poner la riqueza privada en competencia radical con la fe en Dios.

Idolatría, ceguera, injusticia son, pues, para Jesús tres características de la riqueza privada. Se comprende entonces el comentario que hacía de esta frase, a finales del siglo I, Clemente Romano que pasa por ser el tercero en la serie de los papas: «Jesús dijo que nadie puede servir a dos señores. Por tanto: si nosotros queremos servir a Dios y a *Mamôn* (conservando el arameo) desafinamos como cristianos»⁵: 2 Cor 6,1. Se comprende también que Lutero, en su *Gran Catecismo*, trate el tema del dinero no al hablar del séptimo mandamiento, sino al hablar del primero.

¿Quién negará que en el cristianismo de hoy existen demasiadas disonancias en este punto, con la conivencia y a veces la complicidad de las autoridades eclesíásticas?

2. Para entenderlas hoy

Para contextuar este primer capítulo, creo que uno de los grandes

³ *Libro de la vida*, 38,3.

⁴ Vg., Gen 12,16; 24,35; 26,12-14.

⁵ O «somos dañinos como cristianos» según otra traducción posible.

economistas del siglo pasado, y desde un análisis puramente económico, nos da la razón de ese carácter idólatra del amor al dinero. Me refiero a J. M. Keynes, quien en su libro sobre el empleo, el interés y el dinero, escribe que «la función de “lo religioso” ha sido siempre asegurar el futuro, tan inseguro para el ser humano. Y esa seguridad que daba antes la religión la proporciona ahora el Dinero»⁶.

¡La seguridad! Keynes sigue con reflexiones económicas acerca de cómo ese afán de seguridad lleva a los hombres a la preferencia por la liquidez, lo cual, según él, no es bueno para la economía. Pero eso ya no nos interesa a nosotros, que debemos fijarnos más bien en la referencia a la seguridad.

¿Quién negará que los seres humanos somos hambrientos voraces de seguridad, por las mil amenazas que conlleva nuestra existencia en este planeta? Nuestro afán de seguridad se vuelve cada vez mayor y, por eso, tratamos de asegurar cada vez más nuestro futuro aun a costa del presente de nuestros hermanos. Y el dinero es, sin duda, una fuente

de seguridad porque siempre es eficaz y abre todas las puertas (un comentarista de Keynes dirá que los hombres somos unos «neuróticos potenciales» del dinero). Por eso propuse otra vez que la conocida leyenda del dólar (*in God we trust*) significa en realidad *in this God we trust*: en el Dinero confiamos.

Confiamos así porque el dinero, como fuente de seguridad, es fuente de *poder*. Y el poder, o la lucha por el poder, constituye la mayor tentación y la fuente de todos los desastres humanos. El dinero no es sólo un medio de cambio, inocente y útil⁷. Es eso, sin duda, pero es mucho más que eso: es una fuente de prestigio y de reconocimiento de los demás: de eso que tanto anhelamos y tanto necesitamos todos los seres humanos. Y es además un medio omnipotente (como decimos de Dios) porque con él se tiene acceso a todos los demás medios. Así se visibiliza mucho más el carácter divino que los hombres asignamos al dinero, y se comprende mejor la enseñanza de Jesús.

⁶ Citadas sin más referencia en el capítulo que dedica a Keynes, T. Ruster en su libro *El Dios falsificado*, Salamanca, 2011.

⁷ Como pretendía el norteamericano Michael Novak, quien declara no entender la hostilidad de los teólogos de la liberación, contra ese medio tan práctico. No percibía este autor que el dinero ha dejado de ser un medio para convertirse en un fin.

3. *Volviendo a la Biblia*

Estas observaciones empalman perfectamente con lo antes dicho sobre el parentesco entre la palabra *mamôn* y el verbo arameo *crear*. Pues toda la enseñanza bíblica exhorta al hombre a poner su seguridad en Dios, ocupándose sólo por una seguridad mínima y razonable para su existencia, pero sin querer acumular cada vez más seguridad, sino atreviéndose a confiar en Dios. Por eso Jesús inmediatamente a continuación de la afirmación sobre la imposibilidad de servir a Dios y a Dinero, añade con una partícula conclusiva: «por tanto»... Y ahí sigue la conocida exhortación, que tanto nos sorprende, a no atesorar, a no preocuparse en exceso por el mañana, a mirar las aves del cielo y los lirios del campo, etc. Esas frases hoy nos resultan ingenuas. Pero olvidamos que lo que las ha vuelto inaplicables es precisamente el mundo creado por la obsesión de unos cuantos de asegurarse totalmente su existencia a costa de los demás.

He de terminar este primer punto de la enseñanza de Jesús con una conclusión bien lógica. Según Jesús, «con nuestra actitud ante el dinero nos jugamos nada menos que la verdad o la falsedad de Dios». Ahora bien, para toda la tradición bíblica en la que Jesús se

inserta, «es mucho peor servir a un dios falso que no ser creyente en Dios». Nada menos que esa es la primera interpelación de Jesús a todos nosotros hoy. Y la exactitud de esta interpretación queda puesta de manifiesto por las consecuencias que de ella saca Jesús. Con eso pasamos a un segundo capítulo.

Condena a los ricos

1. *Las enseñanzas de Jesús*

a) «Ay de vosotros los ricos». Éstas son probablemente las palabras más duras de todo el evangelio. Sorprendentemente tajantes en aquel Hombre «de entrañas conmovidas». Por eso conviene contextualizarlas: son palabras dichas como contrapartida de otras muy positivas: dichosos los pobres, los que pasan hambre, los que lloran... (cf. Lc 6, 20-25). El proyecto de Dios (que Jesús llamaba el Reino de Dios) se dirige a los que están en esta situación. La fe post-pascual, viendo al Cristo pobre, humillado y perseguido, comprenderá que el Reino de Dios es suyo porque Jesucristo «recapitula toda la sangre injustamente derramada desde el inicio del mundo», como dijo san Ireneo en el siglo II⁸.

⁸ Adv. Haer. V,14,1.

Y si el proyecto de Dios apunta a ellos, se sigue que es contrario a quienes, en un mundo de pobreza, hambre y llanto, son ricos, ríen y están hartos. La lógica de Jesús es clara: éstos ya han tenido aquí su cielo, por tanto, que no esperen otro. Su pasión desbordada e insolidaria por la propia seguridad a corto plazo, les ha privado de la seguridad definitiva.

b) Desde esta visión de nuestra realidad se comprende la otra frase durísima que no es más que el reverso de las anteriores: «es imposible que un rico se salve». Más posible sería enhebrar una aguja con un camello. He comentado en otro lugar que me parece más lógica la traducción que habla de enhebrar una aguja con una soga de barca. Es una traducción posible porque la misma palabra aramea significa a la vez camello y soga. Y es más lógica porque corresponde más al contexto en el que habla Jesús (el lago, la pesca, las barcas...) y, al no hacer la comparación tan exageradamente desafortunada, le devuelve más fuerza ante los oyentes. Una exageración disparatada podría provocar una sonrisa en los discípulos. Mientras que la afirmación de Jesús provoca verdadero temor: «entonces ¿quién puede salvarse?» (Mc 10, 17-21).

Y la respuesta de Jesús es clara: *nadie*, a menos que Dios haga un mi-

lagro. Pero la respuesta que dio Jesús a aquel joven muy rico, nos permite comprender también que el milagro se refiere no a que el rico entre en el Reino de Dios a pesar de su riqueza, sino a que Dios haga el prodigio de desprender al rico de su riqueza: el mismo prodigio que Jesús no consiguió sacar de aquel joven rico, pese al cariño con que le habló (cf. Mc 1.10).

Y subrayo lo del cariño porque contextúa bien la dureza de Jesús. He comentado en otros sitios que Jesús (que tiene palabras durísimas) nunca las dirige a personas *concretas*, sino a colectivos (en concreto ricos y fariseos). Siendo hostil a estos colectivos, Jesús es siempre acogedor y afable con los individuos particulares: trata con fariseos, se deja invitar a sus casas, y cuando ve en un rico un rendija, aunque sea sólo de curiosidad como en el caso de Zaqueo cuya única virtud es que tiene interés por ver a Jesús y no para tenderle una trampa, sino para percibir cómo era, entonces Jesús entra por ahí acogedor en el espacio de Zaqueo y se produce el milagro antes dicho: Zaqueo deja de ser rico: da la mitad de sus bienes a los pobres y devuelve el cuádruple a quienes había defraudado. Lo cual, conociendo cómo funcionan estas gentes, nos autoriza a pensar que no le quedaría mucho de la otra mitad...

c) Pues bien: en el extremo opuesto de Zaqueo está el Epulón de la parábola contada por Jesús, que ni siquiera tiene nombre propio de persona, pues epulón en latín significa banqueteador, y Lc 16,9 dice expresamente que banqueteaba («epulabatur») espléndidamente. No se nos dice que fuera un ladrón ni un defraudador, simplemente banqueteaba y vivía opíparamente, indiferente al hambre y miseria que tenía a las puertas mismas de su casa. Y aquí Jesús aplica las maldiciones enunciadas antes: ya ha recibido lo suyo y no hay para él salvación posible, porque a quien está asentado en su insensibilidad y en la ceguera, ni un ángel del cielo podría convencerle (Lc 16,19). La mentalidad del epulón de la parábola se refleja en otro rasgo real que el evangelista no ha querido dejar pasar: al oírle decir que no se puede servir a Dios y a Dinero, «los fariseos que eran *amantes del dinero* se reían de él»⁹, como se reían Milton Friedman o Hayek de los teólogos de la liberación... Una risa que, en el fondo, no es más que un falso mecanismo de autodefensa.

⁹ Lc 16,14. Importa ahora poco la precisión histórica que, casi con seguridad, debería haber hablado el evangelista de los saduceos y no de los fariseos. Las razones de esta imprecisión del evangelista han sido analizadas por los historiadores, pero no hacen ahora al caso.

2. Para entenderlas hoy

Comentadas así las palabras de Jesús, sólo nos queda mirarnos a nosotros (como hicimos en la parte anterior para explicar el carácter idolátrico del dinero). Y si puedo aportar una experiencia personal, lo que más me maravilla es la cantidad de *mecanismos de defensa* que hemos puesto en juego ante palabras tan nítidas, como los fariseos que se reían de Jesús. Tan ingentes mecanismos que no puedo menos de citar aquí el comentario ya viejo de un gran humorista catalán: «hasta ahora, la frase de Jesús sobre los camellos y los ricos parece haber inquietado más a los camellos que a los ricos». Esto es lo que significa la manera como hablan muchos cristianos de la pobreza *de espíritu*. Pero para contextualarla, permitidme antes otra experiencia personal.

a) Me ha ocurrido a veces discutir con gentes bien situadas y pertenecientes a lo que llamaríamos la derecha política. Ante, por ejemplo, una ley de divorcio civil o un discutible autoritarismo eclesialístico (o incluso el tema del ministerio de la mujer) surge siempre el argumento triunfante: el evangelio es bien claro, no puede ser más claro: «comete adulterio quien se divorcia y vuelve a casar» (y este argumento les parece suficiente incluso para derribar a un

gobierno); o «quien a vosotros oye a mí me oye». Si entonces evocas las frases antes citadas (es imposible que un rico se salve o ay de vosotros los ricos, etc.), surge la respuesta infalible: «bueno claro, pero estas palabras hay que interpretarlas». Y se quedan tan tranquilos.

Por qué estas palabras pueden ser interpretadas y las anteriores no, me parece una incoherencia que nunca he logrado entender. Personalmente, yo creo que el evangelio necesita ser interpretado siempre porque debe encarnarse en contextos muy diversos, aunque con inmenso cuidado para que interpretarlo no signifique aguarlo... Lo único que echo en cara a mis interlocutores es esa incoherencia que unas veces (cuando les conviene) toma el evangelio a la letra, y otras «lo interpreta».

b) Pues bien, como he dicho, el caso más palmario de esa interpretación falsificadora es lo que hemos hecho con la pobreza de espíritu. Los ricos han encontrado una manera de no ser ricos sin perder sus riquezas y, por tanto, ya no les afectan las palabras de Jesús. Y la manera de no ser ricos sin perder sus riquezas consiste en tener el corazón desprendido de ellas: pero sólo «el corazón», no las manos ni el bolsillo. A eso llamaron pobreza de espíritu.

Pero ese falso recurso y esa falsa traducción contradicen a toda la tradición teológica. San Bernardo, san Anselmo, santa Teresa con su gran ironía... han desmentido siempre esa sutileza vana. «Pobres de espíritu» no son los que conservan sus riquezas con corazón (supuestamente) desprendido, sino quienes, precisamente porque tienen ese corazón desprendido, no ponen obstáculo en desprenderse efectivamente de su riqueza para ayudar a los que están en situación de la primera bienaventuranza de Lucas: a quienes son efectivamente pobres y pasan hambre¹⁰. Por eso se traduce mucho mejor como pobres *por* el Espíritu o en el Espíritu. Porque ese desprendimiento real y no virtual es un milagro del Espíritu y de la fuerza de Dios. Es aquello que en el apartado anterior decíamos que sólo Dios puede llevar a cabo. Formulándolo ahora con palabras del evangelio: pobre de espíritu fue Zaqueo; pero no lo sería Epulón por más que recurriese a ese tipo de sutilezas lingüísticas.

Y lo que confirma esto y lo pone de relieve, es la tercera enseñanza de Jesús sobre este tema.

¹⁰ No hay aquí tiempo de presentar las referencias que he citado en otros muchos sitios. Ver, por ejemplo, los textos de san Anselmo y san Bernardo en la antología *Vicarios de Cristo. Los pobres en la teología y espiritualidad cristianas*, Barcelona, 2009.

«Vende lo que tienes y dalo a los pobres»

1. *La enseñanza de Jesús*

«Despréndete de todo lo que tienes y ponlo al servicio de los pobres». Ésa me parece que sería la manera de traducir hoy el consejo de Jesús al joven que se le acerca preguntando qué debe hacer para conseguir la vida eterna (Mc 10, 17ss). Una traducción que contextualiza las palabras de Jesús, pero no las devalúa. Hoy no tendría sentido entender literalmente el «vende lo que tienes y dalo a los pobres»: porque sería irracional vender sin más lo que puede producir. Y porque hoy, la mejor manera de dar es abrir posibilidades de tener.

Pero contextualizado así, el texto de Jesús no pierde nada de su radicalidad y del riesgo que supone para nosotros hoy. ¿Cuántos empresarios invierten hoy todo lo que tienen, no para enriquecerse a sí mismos (¡que no es lo mismo que conservarse!), sino para dar posibilidades de vida a otros?. Quizás dirán que hacen eso, pero en realidad sólo unos pocos (probablemente cristianos muy radicales) actúan así.

Y, sin embargo, ésta es una enseñanza fundamental de Jesús: «la riqueza está para sostener a quienes no la tienen, no para disfrutar

egoístamente de ella». Esto nos adentra otra vez en la parte aplicada de este tercer capítulo.

Y esta visión de la riqueza tiene un fundamento no sólo jesuánico, sino cristológico: quiero decir que pertenece no sólo al seguimiento de Jesús, sino también a la fe en Él como Cristo de Dios.

En efecto: hay gentes que se refieren a los comprometidos con los pobres con palabras aparentemente elogiosas: «es muy social», «tiene mucho interés o sentido social»... Y, sin embargo, se trata de un elogio tremendamente reductor: pues reduce lo que alaba a *una virtud particular*, pero nada más. Pero ¿no se trata de una virtud particular, sino de la dimensión cristológica de nuestras vidas! Según la escena del juicio final (en Mt 25, 31ss), Jesús no alaba (o condena) diciendo: «porque a la gente con hambre o con sed (no) les disteis de comer, etc. Si no que Jesús afirma expresamente: me lo hicisteis *a Mí*. No simplemente a ellos. Benedicto XVI dijo expresamente en Aparecida (Brasil) que la cuestión de los pobres no era un tema ético, sino cristológico. Descubrir esto denota una ausencia alarmante de la dimensión cristológica (y pneumatológica) en muchos cristianos que adoran a un Dios no trinitario (o sólo nominalmente trinitario): sin Palabra encarnada y sin Aliento confesante.

Aquí se fundamenta todo lo dicho en los dos capítulos anteriores sobre la felicidad de los pobres y la necesidad de «dar lo propio a los pobres» como condición para el seguimiento de la persona de Jesús. Y ya sólo nos queda ver las consecuencias prácticas de todo esto, para concluir.

2. *Aplicación a nuestro mundo*

Dios ha dado plena autonomía a su creación y, en este sentido, no se ha «ocupado» Él del reparto equitativo de los bienes de la tierra, pero sí que se ha preocupado dejándonos clara Su voluntad sobre ellos. Esta es una enseñanza común de todos los Padres de la Iglesia. Por eso predicaban que cuando alguien socorre a un pobre «no está haciendo un acto de caridad, sino de justicia»: está devolviéndole aquello que pertenece al pobre y no al que lo da, por más que estuviera en manos de éste. De aquí dedujo después la moral católica que el llamado derecho de propiedad es sólo un derecho «secundario», no natural ni primario, cuya misión es servir a un fin más importante, que es *el destino común de los bienes de la tierra* y el derecho de todos los hombres a esos bienes. Ese sí que es un derecho primario. De modo que, cuando alguien ha satisfecho suficientemente sus necesidades básicas, todo lo

que le sobra ya no es suyo y está obligado a devolverlo.

Esta visión de la propiedad (reafirmada por la enseñanza social de la Iglesia, aunque con cierta sordina cuando debería ser proclamada a gritos) es radicalmente contraria a la visión que desde el siglo XVII se ha ido implantando en nuestra sociedad a partir del filósofo inglés Locke, y que suele designarse como «individualismo posesivo». Para éste, el derecho a la propiedad privada es el más primario de todos, de modo que el hombre puede hasta matar para defenderlo. Y lo curioso es que Locke arranca su reflexión desde el principio antes citado del destino común de todos los bienes, y le va dando la vuelta poco a poco, de modo parecido a como decíamos antes que han hecho muchos cristianos con la pobreza «de» espíritu...

Pero para Jesús, la propiedad no es un derecho, o mejor: «sólo es un derecho en la medida en que sirve para que se realice el destino común de todos los bienes».

Conclusiones

1. *Un triple balance*

a) He intentado al comienzo de esta charla colocar las palabras de Jesús en el contexto de lo que llamé

«un ecumenismo de lo humano». En ese contexto podemos ahora reformular la enseñanza de Jesús sobre el dinero en esta sencilla frase: «no es posible servir al hombre y al dinero». Y hemos de elegir a quién servimos porque no se puede servir a dos señores absolutos.

b) De ahí se sigue que es contrario al proyecto de Jesús (y, por tanto, a la voluntad de Dios) el sistema económico en que vivimos y nos movemos, en el que el dinero tiene más derechos que el hombre. Y es coherente con el seguimiento de Jesús el esfuerzo por *un cambio de sistema hacia otro más justo*, donde sea el ser humano, y no el dinero o el Capital, el verdadero sujeto de derechos.

No tiene sentido discutir ahora si se trata de un sistema «nuevo» o de una reforma radical del que ahora tenemos: en fin de cuentas, hasta quienes opten por el primer camino habrán de aceptar el segundo, al menos internamente y como «cuidados paliativos». De lo que se trata es de superar este sistema edificado sobre la pasión del dinero y la búsqueda del máximo beneficio posible: porque un sistema así sólo produce «ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres» (Juan Pablo II)¹¹. Y su sor-

prendente eficiencia a la hora de producir riqueza se asienta sobre su escandalosa impotencia a la hora de repartir la riqueza creada.

c) En lugar de eso, la humanidad sólo tendrá salvación en este mundo si construimos *una civilización de la sobriedad compartida*. Ese esfuerzo (cada cual en la medida que pueda) forma parte del seguimiento de Jesús, aunque a algunos de los más señalados en él les cueste (o haya podido costarles ya) compartir el destino martirial del Maestro.

2. Una reflexión para nuestro mundo

Formulando lo mismo de otro modo: termino de redactar este artículo el día de san Francisco de Asís, que es quizás (al menos en el ámbito cristiano) el hombre que más afecto y admiración ha desatado después de Jesucristo. Pues bien: la oración de la misa de hoy habla de tres cosas: una *pobreza* y una *humildad* en Francisco que conducen y encaminan hacia el *amor*. Al rezar esa plegaria, me ha venido a la mente el grito de nuestra Modernidad: «libertad, igualdad y fraternidad». Un grito fracasado que nuestro sistema econó-

Forbes, 400 ciudadanos de Estados Unidos tienen ellos solos más riqueza que 150 millones de norteamericanos.

¹¹ Mientras escribo esto me llega por internet el dato de que, según la revista

mico y nuestra codicia personal han convertido en libertad *contra* la igualdad y la fraternidad. Y, sin embargo, Juan Pablo II declaró en Francia que ese era un grito *plenamente cristiano*.

Pues bien, volviendo a la oración citada de la misa de san Francisco, ella nos permite atisbar que la verdadera libertad es la libertad de la pobreza, y que la igualdad sólo es posible desde una humildad que cercene nuestras pretensiones de superioridad y de grandeza. Y, por tanto, «esa libertad que genera la pobreza y esa igualdad que es acogida desde la humildad son las únicas que pueden llevar a la fraternidad universal».

Termino con otra cita en portugués, el mundo seguirá siendo esa inmensa caravana hacia la nada que describía Eça de Queiroz, o seguirá siendo lo que canta el lamento de una gran poetisa brasileira:

«Moro num lugar chamado globo terrestre,
onde se chora mais
que o volumen das aguas denominadas mar;
para onde levam os ríos outro tanto de lágrimas.
Aquí se pasa fame. Aquí se odeia»¹².

Lágrimas, hambre y odio. Es el balance que podemos hacer de nuestro futuro si cerramos los ojos y los oídos a la enseñanza de Jesús sobre el dinero. ■

¹² ADELIA PRADO, *Poesía reunida*, p. 260.